

Inca Garcilaso de la Vega. *Los pre textos de La Florida del Inca*. Edición crítica, estudio preliminar y notas de José Miguel Martínez-Torrejón. Chapel Hill: University of North Carolina, 2021, 172 pp., ilustr.

Un libro, en verdad todo libro, a pesar de ser un objeto inanimado, tiene una biografía. Pocas veces nos detenemos a reflexionar acerca de que detrás de su publicación existe toda una historia por contar. Antes de llegar a nuestras manos, un libro ha pasado por diversas circunstancias, unas menos azarosas que otras: el logro del financiamiento para la impresión, la aprobación por parte de la censura, la suscripción del contrato de impresión, etc. Y junto con todas ellas, la propia travesía escrituraria del autor, que suele ser un largo proceso de creación y redacción. *La Florida del Inca*, del Inca Garcilaso de la Vega, no es la excepción.

En este pequeño, pero sustancioso estudio, José Miguel Martínez-Torrejón publica dos manuscritos de *La Florida del Inca*. El primero es el *Epítome del descubrimiento de la tierra de la Florida*, compuesto, de acuerdo al moderno editor, poco después de 1596 con la finalidad de dar a conocer el contenido de la obra y, por ese medio, lograr financiamiento para la impresión. La lectura detenida del manuscrito lleva a pensar que fue dictado a un amanuense por el mismo Garcilaso. El texto procede de la Hispanic Society de Nueva York, y se halla encuadernado en un volumen junto con la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de fray Bartolomé de Las Casas. El segundo manuscrito es la *Historia de los sucesos de La Florida del adelantado Hernando de Soto*, publicado por Miguel Maticorena en 2015. Si bien desde 1967 Maticorena se había servido del texto para diversos estudios, nunca reveló su procedencia. Sostuvo sí, con fundamento, que había sido usado por el cronista mayor de Indias, Antonio de Herrera, para la composición de sus *Décadas*.

En cuanto al *Epítome*, Martínez-Torrejón sostiene que se trata de un resumen de *La Florida del Inca* en el estado en que estaba hacia 1596. Algunos detalles textuales permiten sostener la hipótesis de la participación del Inca en la redacción del texto: los segmentos textuales dedicados al Perú,

la referencia a Gonzalo Silvestre como informante y el análisis de ciertos errores de copia y de memoria. Se trataría de un texto que el propio Inca iba dictando y que él mismo u otro copista sacaría en limpio. Ayer como hoy, imprimir nunca ha sido una tarea fácil. De allí la necesidad que los autores del Siglo de Oro acudieran a diversas estrategias a fin de agenciarse el dinero, no pocas veces esquivo, para lograr ver en letras de molde los frutos de su intelecto. La búsqueda de patronazgo para la impresión explicaría el énfasis que el autor puso en destacar a los personajes, con sus títulos y apellidos, por encima de sus acciones. Es claro que el Inca pensó en el público lector de su *Epítome* cuando presentó una imagen más favorable del comportamiento de los conquistadores. Así, oculta los casos de antropofagia y de asimilación a la cultura nativa por parte de los europeos.

No menos interesante es la *Historia de los sucesos de La Florida del adelantado Hernando de Soto*. Maticorena sostuvo que se trataba de una versión escrita por el Inca. Por el contrario, Martínez-Torrejón demuestra que se trata de un texto de Herrera y en abono de su tesis presenta diversas evidencias de carácter formal y de contenido. Para no abundar en detalles, aquí tan solo recojo dos: la letra del manuscrito es la de Herrera y las remisiones a una obra más extensa, que con seguridad es la versión de *La Florida* presentada por el Inca al Consejo de Indias para obtener la licencia de impresión. Desafortunadamente, no es posible examinar el manuscrito, ya que su paradero fue uno de los secretos mejor guardados de Maticorena, secreto que se llevó a la tumba. Como si fuera poco, la edición realizada por la Universidad Ricardo Palma, que incluye un facsímil de la copia fotográfica del manuscrito y su transcripción paleográfica, son en conjunto bastante defectuosas, como bien lo advierte Martínez-Torrejón. En cuanto al facsímil, ha sido limpiado «por medios digitales, convirtiendo algunos borrones de tinta en manchas blancas que podrían confundirse con agujeros (el más extenso afecto ambas caras del folio 1), borrando toda una línea (la última de 13r) y muchas letras o fragmentos de letras en los márgenes» (49). En tanto que la transcripción paleográfica no es nada rigurosa, pues presenta inconsistencias en la puntuación y acentuación, así como malas lecturas y omisiones. Todo ello limita en grado extremo el trabajo del estudioso y

puede llevar a interpretaciones erróneas. Con todo, debemos agradecer a Martínez-Torrejón el enorme esfuerzo por presentarnos unas muy cuidadas versiones paleográficas tanto de la *Historia* como del *Epítome*, acompañadas del correspondiente aparato de notas.

La lectura del trabajo de Martínez-Torrejón nos devuelve a un tema que a mí personalmente me interesa cada vez más en los últimos tiempos: la transmisión de los textos manuscritos. Si bien ha sido estudiado para el caso peninsular, no sucede lo mismo para el virreinato peruano. Al igual que el Inca Garcilaso, los autores coloniales deseosos de ver los resultados de sus afanes literarios en letras de molde debían someter a la autoridad copias manuscritas de sus obras para su examen; si este era favorable, se obtenía la codiciada licencia de impresión. En el camino, algunos manuscritos solían perderse y otros tener buen fin: un taller de impresión. ¿Qué cambios podían producirse por recomendación de los lectores antes y después de ser remitidos los manuscritos a la autoridad? ¿Cuántas voces contienen los textos? En suma, ¿quién es el autor?

Junto con este corpus de textos destinados a la imprenta, circuló un auténtico universo de textos manuscritos de muy diversa naturaleza y extensión en el virreinato peruano. Los textos manuscritos circulaban profusamente y eran copiados por especialistas de la pluma o por otros que no lo eran. El manuscrito solía escapar de los controles de la censura, que actuaba sobre los impresos. La copia de textos considerados peligrosos por su contenido puso en alerta a las autoridades civiles y eclesiásticas, y en particular a la Inquisición.

Estimo que la calidad de buen libro no solo se mide por la información que contiene, sino además por las preguntas que suscita su lectura. En este pequeño libro, Martínez-Torrejón nos regala una cuidada edición crítica de los textos del Inca Garcilaso, muy alejada de las versiones a las cuales nos tiene acostumbrados la improvisación y la falta de formación filológica.

Pedro M. Guibovich Pérez
Pontificia Universidad Católica del Perú
 pguibovich@pucp.edu.pe
<https://orcid.org/0000-0003-0681-5908>